

El gran problema

I

Ya en la cama, y después de arrojar el cigarrillo que encendió al comenzar á desnudarse, Jorge se entregó por completo á la meditación, y conforme iba pensando, asombrábase él mismo de lo que estaba decidido á hacer.

¡Casarse! ¿Pero era posible que él, refractario siempre al matrimonio, —al que aunque respetaba y reconocía, eternamente había discutido, — era posible que hubiera tomado tan radical resolución.

Sí lo era: había visto á aquella mujer, más bien niña, que le impresionó desde el primer momento, y desde entonces, aquellos ojos azules, orlados por el pelo de oro hermosísimo, y la gracil gentileza de toda ella, fueron los árbitros de su voluntad.

Y desde que se encontró con aquella mujer, estaba decidido á casarse. Seguía meditando y se incluía ya en los por él siempre triturados en sus discusiones sobre el matrimonio; entraba á formar parte en las mesnadas de los calificados por él *ridículos conscientes*.

Y no es que creyera que no existía el amor, no, sabía que existía, siempre creyó en él; pero amor, no era el egoísmo, de pescar una buena dote; amor no debía ser buscar una mujer cualquiera, la primera la más inmediata, para hacerla su enfermera ó su esclava; amor no podía ser el deseo de juntarse legalmente con una hembra para engendrar un heredero que satisficiera su orgullo. Eso, — bien lo sabía él, — no podía, no debía ser amor.

El ni aun en momentos de brutalidad, vió como Napoleón en la mujer una máquina de hacer soldados... ¡Oh! ¡no! eso no, él era ante todo artista, artista de corazón y de alma, ese materialismo grosero, se encontraba muy lejos de su imaginación.

Pero su novia, su ídolo, la niña con alma á quien quería, no debía ser como las demás mujeres que él encontró en su peregrinación por la vida, en los que sólo pudo ver cálida sangre y eterna sed de besos, hembras con un refinado egoísmo y una avaricia sin límites, que maestras en acariciar, ni poseían un átomo de alma, ni eran capaces de comprender el sacrificio sublime en el amor.

Pero su nena no podía ser una criatura despreciable, que al constituir un hogar, impregnase su ambiente de vulgaridad astiable y repugnante embrutecimiento. No: su Margarita, la idealizada, la elegida, sería la mujer que él soñó; la mujer artista superior desde luego á las otras mujeres, la mujer capaz de comprenderlo, con su alma grande, muy grande, y un corazón tan grande como el alma...

Goizueta y Veá-Murguía S. en C.

INGENIEROS: Plaza de Bilbao, 1, MADRID

Labores de desfonde con arados de vapor

Profundidades de 30 á 80 centímetros.

Precios reducidos, variables según la extensión de terreno y la profundidad de la labor.

Para presupuestos dirigirse á la casa central

Principal, 1 — Valerianos

Se anunciará en este mismo periódico los terrenos donde se trabaje cada semana.

Si sería, tenía que ser su *única*, su *soñada*, la *excelsa*.

.....
Pero... ¿sería como él pensaba, su Margarita? ¿No encontró á otras muchas en su camino, de todas clases y de todos tipos, en las que al principio le pareció estar frente á la deseada, y apenas quiso profundizar en el alma de ellas, sufría los más crueles desengaños y las desilusiones más dolorosas al descubrir una más como las anteriores? ¿No soñó con criaturas, á las que en sus delirios de poeta, vestía y dotaba de hermosura; *hermosuras* que eran destruidas apenas creadas al recordar en lo que le enseñaba la fría realidad?

...Y aquellos golpes brutales, que le anonadaban como si le pegaran en las sienas con un mazo, le hacían desfallecer y rendirse....

Sólo una esperanza le quedaba. — ¿sería así su Margarita? ¿sería como las otras?...

II

Hermosísima mañana de Abril hecha para soñar... para soñar eternamente... Dulce mañana primaveral en la que al admirar las bellezas infinitas de la Naturaleza pródiga, dan ánsias de vivir, y enloquecer con el embriagador perfume de tantas flores, el cantar dulce de tantos pájaros, que entre frondos y laberintos de árboles dicen sus amores, el murmullo de las fuentes que al derramar su agua en vistosa cascada, semejan chorros de cristal entre diamantes llenos de luz... Mañana hermosa, en la que las mariposas blancas como leche, amarillas como oro viejo y negras como desengaños, de mil colores, en fin, hacen lecho nupcial con la corola de alguna rosa de té, ó depositan el polvo fecundo en los sangrientos pétalos de un clavelón de fuego.

Bella mañana que se suspira con deleite aire que huele á tomillo y á romero.

Caminando por el alegre camino de la vega, allá lejos, en un valle que forman dos montañas gigantes, y entre jaras, entre tomillos y mejoranas que huelen á flores; se divisa el convento de los cartujos. Al llegar después de admirar la arquitectura del grandioso edificio, y ya en uno de sus señoriales y severos claustros, os conducirán á la celda que buscáis.

Es amplia, llena de luz, de aromas, de arte, de santidad... Sus paredes, están ocultas por enormes estantes repletos de libros, y algunos cuadros de asuntos piadosos, el suelo, cubierto por estatuas y atriles. Cerca de una gran ventana y ocupando un gran espacio, hay un piano de cola que dentro de su caja guarda en reposo sus restos.

Es aquel piano grande y fiel amigo del padre Damián, que es quien habita la celda, ante aquel sonoro y maravilloso instrumento, pasa largos ratos, interpreta á los grandes genios de la música; allí el gran artista, arranca las notas sublimes, haciendo vivir las enormes partituras, y es feliz.

Allí se siente guerrero con Wagner, —dulces y amoroso con Verdi— triste y resignado con Chopin, se burla con Rint, llora con Schubert, mata con Mascagni—es astuto con Rossini... Allí el padre Damián, feliz con sus amigos leales, libros y piano, procura olvidar las miserias de su vida anterior, tiene una sonrisa de piedad para los que por ella atraviesan, y sólo en aquel ambiente de dulzura y se dibuja santidad, se torna su cara lívida una mueca de dolor, de tristeza cuando se acuerda, de lo que más cuida de olvidar, del grande, del feroz desengaño que le empujó á encerrarse entre aquellas pa-